

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

Poemas

José de  
Espronceda  
(1808-1842)

# José de Espronceda

## Poemas

### ÍNDICE

A UN RUISEÑOR .....	2
CANCIÓN DEL PIRATA.....	3
CANCIÓN DE LA MUERTE.....	8
LA CAUTIVA .....	10
EL VERDUGO .....	13



## A UN RUISEÑOR

Canta en la noche, canta en la mañana,  
ruiseñor, en el bosque tus amores;  
canta, que llorará cuando tú llores  
el alba perlas en la flor temprana.

Teñido el cielo de amaranta y grana,  
la brisa de la tarde entre las flores  
suspirará también a los rigores  
de tu amor triste y tu esperanza vana.

Y en la noche serena, al puro rayo  
de la callada luna, tus cantares  
los ecos sonarán del bosque umbrío.

Y vertiendo dulcísimo desmayo,  
cual bálsamo süave en mis pesares,  
endulzará tu acento el labio mío.

## CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,  
viento en popa a toda vela,  
no corta el mar, sino vuela  
un velero bergantín;  
bajel pirata que llaman,  
por su bravura, el Temido,  
en todo mar conocido  
del uno al otro confín.  
La luna en el mar riel,  
en la lona gime el viento  
y alza en blando movimiento  
olas de plata y azul;  
y va el capitán pirata,  
cantando alegre en la popa,  
Asia a un lado, al otro Europa,  
y allá a su frente Estambul.  
Navega velero mío,  
sin temor,  
que ni enemigo navío,  
ni tormenta, ni bonanza,  
tu rumbo a torcer alcanza,  
ni a sujetar tu valor.  
Veinte presas  
hemos hecho



a despecho,  
del inglés,  
y han rendido  
sus pendones  
cien naciones  
a mis pies.

*Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi dios la libertad,  
mi ley, la fuerza y el viento,  
mi única patria la mar.*

Allá muevan feroz guerra  
ciegos reyes  
por un palmo más de tierra,  
que yo tengo aquí por mío  
cuanto abarca el mar bravío,  
a quien nadie impuso leyes.  
Y no hay playa  
sea cualquiera,  
ni bandera  
de esplendor,  
que no sienta  
mi derecho  
y dé pecho  
a mi valor.

*Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi dios la libertad,  
mi ley, la fuerza y el viento,  
mi única patria la mar.*

A la voz de ¡barco viene!  
es de ver  
cómo vira y se previene  
a todo trapo a escapar:  
que yo soy el rey del mar,  
y mi furia es de temer.  
En las presas  
yo divido  
lo cogido  
por igual:  
sólo quiero  
por riqueza  
la belleza  
sin rival.

*Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi dios la libertad,  
mi ley, la fuerza y el viento,  
mi única patria la mar.*



¡Sentenciado estoy a muerte!;  
yo me río;  
no me abandone la suerte,  
y al mismo que me condena,  
colgaré de alguna entena  
quizá en su propio navío.  
Y si caigo  
¿qué es la vida?  
Por perdida  
ya la di,  
cuando el yugo  
de un esclavo  
como un bravo  
sacudí.

*Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi dios la libertad,  
mi ley, la fuerza y el viento,  
mi única patria la mar.*

Son mi música mejor  
aquilones  
el estrépito y temblor  
de los cables sacudidos,  
del negro mar los bramidos  
y el rugir de mis cañones.

Y del trueno  
al son violento,  
y del viento  
al rebramar,  
yo me duermo  
sosegado  
arrullado  
por el mar.

*Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi dios la libertad,  
mi ley, la fuerza y el viento,  
mi única patria la mar.*





## CANCIÓN DE LA MUERTE

Débil mortal no te asuste  
mi oscuridad ni mi nombre;  
en mi seno encuentra el hombre  
un término a su pesar.

Yo, compasiva, te ofrezco  
lejos del mundo un asilo,  
donde a mi sombra tranquilo  
para siempre duerma en paz.

Isla yo soy del reposo  
en medio el mar de la vida,  
y el marinero allí olvida  
la tormenta que pasó;  
allí convidan al sueño  
aguas puras sin murmullo,  
allí se duerme al arrullo  
de una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauce  
que su ramaje doliente  
inclina sobre la frente  
que arrugara el padecer,  
y aduerme al hombre, y sus sienes  
con fresco jugo rocía  
mientras el ala sombría



bate el olvido sobre él.  
Soy la virgen misteriosa  
de los últimos amores,  
y ofrezco un lecho de flores,  
sin espina ni dolor,  
y amante doy mi cariño  
sin vanidad ni falsía;  
no doy placer ni alegría,  
más es eterno mi amor.



## LA CAUTIVA

Ya el sol esconde sus rayos,  
el mundo en sombras se vela,  
el ave a su nido vuela.  
Busca asilo el trovador.  
Todo calla: en pobre cama  
duerme el pastor venturoso:  
en su lecho suntüoso  
se agita insomme el señor.  
Se agita; mas ¡ay! reposa  
al fin en su patrio suelo;  
no llora en mísero duelo  
la libertad que perdió.  
Los campos ve que a su infancia  
horas dieron de contento,  
su oído halaga el acento  
del país donde nació.  
No gime ilustre cautivo  
entre doradas cadenas,  
que si bien de encanto llenas,  
al cabo cadenas son.  
Si acaso, triste lamenta,  
en torno ve a sus amigos,  
que, de su pena testigos,  
consuelan su corazón.



La arrogante erguida palma  
que en el desierto florece,  
al viajero sombra ofrece,  
descanso y grato manjar.  
Y, aunque sola, allí es querida  
del árabe errante y fiero,  
que siempre va placentero  
a su sombra a reposar.  
Mas ¡ay triste! yo cautiva,  
huérfana y sola suspiro,  
el clima extraño respiro,  
y amo a un extraño también.  
No hallan mis ojos mi patria;  
humo han sido mis amores;  
nadie calma mis dolores  
y en celos me siento arder.  
¡Ah! ¿Llorar? ¿Llorar?... no puedo  
ni ceder a mi tristura,  
ni consuelo en mi amargura  
podré jamás encontrar.  
Supe amar como ninguna,  
supe amar correspondida;  
despreciada, aborrecida,  
¿no sabré también odiar?  
¡Adiós, patria! ¡adiós, amores!  
La infeliz Zoraida ahora



sólo venganzas implora,  
ya condenada a morir.  
No soy ya del castellano  
la sumisa enamorada:  
soy la cautiva cansada  
ya de dejarse oprimir.



## EL VERDUGO

De los hombres lanzado al desprecio,  
de su crimen la víctima fui,  
y se evitan de odiarse a sí mismos,  
fulminando sus odios en mí.  
Y su rencor  
al poner en mi mano, me hicieron  
su vengador;  
y se dijeron  
«Que nuestra vergüenza común caiga en  
él;  
se marque en su frente nuestra maldición;  
su pan amasado con sangre y con hiel,  
su escudo con armas de eterno baldón  
sean la herencia  
que legue al hijo,  
el que maldijo  
la sociedad.»  
¡Y de mí huyeron,  
de sus culpas el manto me echaron,  
y mi llanto y mi voz escucharon  
sin piedad!  
Al que a muerte condena le ensalzan...  
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?  
¿Que no es hombre ni siente el verdugo



imaginan los hombres tal vez?  
¡Y ellos no ven  
Que yo soy de la imagen divina  
copia también!  
Y cual dañina  
fiera a que arrojan un triste animal  
que ya entre sus dientes se siente crujir,  
así a mí, instrumento del genio del mal,  
me arrojan el hombre que traen a morir.  
Y ellos son justos,  
yo soy maldito;  
soy criminal:  
mirad al hombre  
que me paga una muerte; el dinero  
me echa al suelo con rostro altanero,  
¡a mí, su igual!  
El tormento que quiebra los huesos  
y del reo el histérico ¡ay!,  
y el crujir de los nervios rompídos  
bajo el golpe del hacha que cae,  
son mi placer.  
Y al rumor que en las piedras rodando  
hace, al caer,  
del triste saltando  
la hirviente cabeza de sangre en un mar,  
allí entre el bullicio del pueblo feroz



mi frente serena contemplan brillar,  
tremenda, radiante con júbilo atroz  
que de los hombres  
en mí respira  
toda la ira,  
todo el rencor:  
que a mí pasaron  
la crueldad de sus almas impía,  
y al cumplir su venganza y la mía  
gozo en mi horror.  
Ya más alto que el grande que altivo  
con sus plantas hollara la ley  
al verdugo los pueblos miraron,  
y mecido en los hombros de un rey:  
y en él se hartó,  
embriagado de gozo aquel día  
cuando espiró;  
y su alegría  
su esposa y sus hijos pudieron notar,  
que en vez de la densa tiniebla de horror,  
miraron la risa su labio amargar,  
lanzando sus ojos fatal resplandor.  
Que el verdugo  
con su encono  
sobre el trono  
se asentó:



y aquel pueblo  
que tan alto le alzara bramando,  
otro rey de venganzas, temblando,  
en él miró.  
En mí vive la historia del mundo  
que el destino con sangre escribió,  
y en sus páginas rojas Dios mismo  
mi figura imponente grabó.  
La eternidad  
ha tragado cien siglos y ciento,  
y la maldad  
su monumento  
en mí todavía contempla existir;  
y en vano es que el hombre do brota la luz  
con viento de orgullo pretenda subir:  
¡preside el verdugo los siglos aún!  
Y cada gota  
que me ensangrienta,  
del hombre ostenta  
un crimen más.  
Y yo aún existo,  
fiel recuerdo de edades pasadas,  
a quien siguen cien sombras airadas  
siempre detrás.  
¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el  
verdugo,



tú, hijo mío, tan puro y gentil?  
En tu boca la gracia de un ángel  
presta gracia a tu risa infantil.  
!Ay!, tu candor,  
tu inocencia, tu dulce hermosura  
me inspira horror.  
¡Oh!, ¿tu ternura,  
mujer, a qué gastas con ese infeliz?  
12  
¡Oh!, muéstrate madre piadosa con él;  
ahógale y piensa será así feliz.  
¿Qué importa que el mundo te llame  
cruel?  
¿mi vil oficio  
querrás que siga,  
que te maldiga  
tal vez querrás?  
¡Piensa que un día  
al que hoy miras jugar inocente,  
maldecido cual yo y delincuente  
también verás!

